

EL TRIENIO LIBERAL EN GALDÓS: LA PARCIAL SUPERACIÓN DE UN DESASTRE HISTÓRICO

THE LIBERAL TRIENNIUM IN GALDÓS: PARTIALLY OVERCOMING A HISTORIC(AL) DISASTER

Toni Dorca
Macalester College

RESUMEN

Este artículo analiza las cuatro novelas históricas de Galdós que recrean el Trienio Liberal (1820-1823). La primera es *La Fontana de Oro*, en la que el desgraciado final de la pareja protagonista en el contexto de las sociedades patrióticas de 1821 predice el ocaso del Sexenio Democrático en 1874. Las tres restantes forman parte de la segunda serie de *Episodios nacionales* y se componen durante los primeros años de la Restauración. Galdós se centra en otros hitos del Trienio como la masonería (*El Grande Oriente*), la jornada del 7 de julio de 1822 (*7 de julio*) y el restablecimiento del absolutismo en 1823 (*Los Cien Mil Hijos de San Luis*). En ellas, el cultivo de lo que Galdós llama ficción verosímil tiene por objeto superar parcialmente el fracaso del Trienio a través del enfoque en la conciencia individual de unos personajes que operan libremente al margen del poder establecido.

PALABRAS CLAVE: Trienio Liberal, Conciencia, *La Fontana de Oro*, *El Grande Oriente*, *7 de julio*, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*.

ABSTRACT

This article analyzes Galdós' four historical novels which recreate the period 1820-1823 known as Liberal Triennium. The first one is *La Fontana de Oro*, in which the tragedy befalling the protagonists within the context of the 1821 patriotic societies foretells the collapse of the Democratic Sexennium in 1874. The other three are part of series II of *Episodios nacionales* and were written during the first years of the Bourbon Restoration. Galdós examines other events of the Triennium such as the Freemasonry (*El Grande Oriente*), the violence on July 7, 1822 (*7 de julio*) and the return of absolutism in 1823 (*Los Cien Mil Hijos de San Luis*). In these three novels, Galdós resorts to what he coins verisimilar fiction in order to partially overcome the failure of the Triennium by focusing on the individual consciousness of a group of characters who freely operate on the margins of power.

KEYWORDS: Liberal Triennium, Consciousness, *La Fontana de Oro*, *El Grande Oriente*, *7 de julio*, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*.

LA CONSTATACIÓN DE UN FRACASO Y LA PREMONICIÓN DE OTRO

Las representaciones del Trienio Liberal en la obra de Benito Pérez Galdós se remontan a los orígenes de su trayectoria novelística durante la segunda mitad de la década de 1860. A principios de 1868 empieza a escribir su *opera prima*, *La Fontana de Oro*, que termina en diciembre de aquel año. La acción de la misma tiene lugar en Madrid en septiembre de 1821, o sea, unos dieciocho meses después de la sublevación de Rafael del Riego que restablece la Constitución de Cádiz. La delicada situación que atraviesa España tras la Revolución de 1868 no hace aconsejable por entonces su publicación, por lo que el autor canario la guarda en un

cajón a la espera de cómo evolucionen los acontecimientos. Dos años más tarde, en el «Preámbulo» fechado en diciembre de 1870, considera que ha llegado el momento de dar a luz la novela: «me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos» (Galdós: 2010, 7). La razón que aduce es «la relación» que hay entre «muchos sucesos referidos y algo de lo que aquí pasa», pues no en vano «la crisis actual» tiene más de una «semejanza» con «el memorable período de 1820-23» (Galdós: 2010, 7). Con el trasfondo de la reciente elección de Amadeo I en noviembre de 1870, Galdós transmite una lección de historia a sus contemporáneos para que eviten los errores del pasado y garanticen por todos los medios la estabilidad de la nación.

La visión del Trienio que se ofrece en *La Fontana de Oro* se mantiene fiel al relato codificado por la historiografía liberal del medio siglo. Nos referimos concretamente al tomo II de *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España* (1842), atribuido a Estanislao de Cosca Vayo; y al volumen XXVII (1865) de *Historia general de España*, de Modesto Lafuente¹. Unos y otro atribuyen el fracaso del Trienio a las mismas causas: la ruptura del liberalismo en dos bandos antagónicos, el de los moderados y el de los exaltados; la infiltración de espías del absolutismo en los clubes patrióticos; las airadas manifestaciones del pueblo exigiendo el escrupuloso cumplimiento de la Constitución; la debilidad del gobierno, que no sabe o no puede hacer frente a los desmanes; la renuencia de Fernando VII a aceptar la soberanía popular; y la desconfianza de los países europeos, que temen que el régimen liberal implantado en España se propague al resto del continente.

La influencia de Vayo y Lafuente se percibe asimismo en la selección de los hechos históricos que constituyen el armazón de la novela. El primero de estos remite a una alocución de Antonio Alcalá Galiano en *La Fontana de Oro*, interrumpida a poco de empezar por un tumulto callejero que deja al orador con la palabra en la boca. Alcalá Galiano lo fecha en la noche del 6 de septiembre de 1820 (1846: 116-117); en la novela, sin embargo, ocurre en septiembre de 1821 (31)². Nuestro autor añade un lance de su propia cosecha protagonizado por un colaborador ficticio de Fernando VII, don Elías, alias *Coletilla*, quien hace entrega al dueño del establecimiento de un sobre con dinero. Aunque inventado, el episodio tiene visos de verdad por cuanto en el Trienio los absolutistas solían pagar a esbirros para que azuzaran al

¹ Hay «concomitancias asombrosas» (Dorca: 2017, 219) entre las noticias que contienen estas obras y las que el autor canario recoge.

² En nota a pie de página se lee la siguiente declaración, que corrobora la fuente de que se sirve Galdós: «El mismo Alcalá Galiano refiere con mucha franqueza este suceso en sus anotaciones a la *Historia de España*, por Dunham» (Galdós: 2010, 31).

pueblo con soflamas incendiarias. Pretendían con dicha maniobra fomentar los actos de vandalismo y desprestigiar al estado.

El incidente que hemos traído a colación evidencia las dificultades que enfrentan los moderados a la hora de apaciguar a una ciudadanía escindida entre partidarios a ultranza y detractores acérrimos de la revolución. Intercalado fuera del marco temporal que le corresponde, sirve también de anticipo de una protesta popular que figura en todos los anales del Trienio. La conocida irónicamente como batalla de las Platerías abarca un capítulo homónimo de nuestra novela, el duodécimo, en el que Galdós sigue muy de cerca a los historiadores que lo preceden. Cuando se conoce en Madrid la destitución de Riego de la Capitanía General de Aragón, los mandamases de La Fontana de Oro organizan una marcha cívica para la tarde del 18 de septiembre. Se confecciona a tal efecto un cuadro alegórico con la imagen de Riego que luego se pasea por las calles de la capital. El Capitán General de Castilla la Nueva, Pablo Morillo, insta a los manifestantes a retirarse pacíficamente a sus casas. Al negarse estos, ordena una carga policial que concluye en desbandada: «La procesión fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza; la tropa tomó todas las entradas» (Galdós: 2010, 140). El narrador alaba la firmeza de Morillo y condena el comportamiento del protagonista, Lázaro, detenido por exhortar a la desobediencia.

Aparte de la batalla de las Platerías, la recreación del Trienio en *La Fontana de Oro* se centra en el café que da título a la novela. La decoración pretenciosa y de mal gusto está en consonancia con la bajeza moral de la clientela que atiborra sus salones: una juventud «ardiente, bulliciosa, inquieta», que quiere «estimular las pasiones del pueblo» a cambio de «su aplauso irreflexivo» (Galdós: 2010, 17). Lázaro pronuncia allí dos discursos, a cual más lamentable: el primero despierta apenas un tímido entusiasmo; el segundo arrebató al público, pero este malinterpreta el sentido de sus palabras como una apelación a la violencia. El local situado en la Carrera de San Jerónimo adquiere de este modo una significación negativa que sobrepasa su mera función de decorado. Lejos de conformar un espacio neutro, se dramatiza allí la pugna entre dos posturas extremas, la revolución desbocada y la reacción furibunda, que da al traste con la doctrina del justo medio que proclaman fútilmente los doceañistas.

El funesto desenlace de la novela que llega a las librerías en los primeros meses de 1871³ confirma que Galdós no tiene fe en el triunfo del liberalismo democrático con el que comulga.

³ No olvidemos que la versión de *La Fontana de Oro* que se considera definitiva no aparece hasta 1885 en la editorial La Guinalda, dirigida por su paisano Miguel Honorio de la Cámara. En ella el conflicto se resuelve felizmente: los amantes recalán sanos y salvos en Zaragoza, se casan, tienen hijos y se alejan para siempre del mundanal ruido de la política. Con todo, nuestro autor solo accede a introducir esta variante

Tras revelar a sus correligionarios el complot urdido contra ellos por *Coletilla*, Lázaro es asesinado cuando intenta escapar de Madrid. Su tío ya le había avisado de que sus secuaces se vengarían de él si no se unía a la causa: «no tendrán perdón para ti, y harán bien» (Galdós: 2010, 190). A la muerte de Lázaro se une la de su amada Clara unos días después, consecuencia de un trauma emocional que le quita las ganas de vivir. La magnitud de la tragedia expone el estado de ánimo de nuestro autor en vísperas del mortal atentado contra Juan Prim en diciembre de 1870, justo cuando ha entregado el manuscrito al impresor José Noguera⁴.

Asumiendo que las disensiones de 1821 se han trasladado al presente como se apunta en el «Preámbulo», el diagnóstico que hace Galdós de la situación del país dos años después de la Setembrina no invita al optimismo. Con una lucidez que Stephen Gilman califica de profética (1975, 138), nuestro autor vaticina a sus lectores de 1871 que al Sexenio Democrático le aguarda una suerte parecida a la del Trienio. Las muertes prematuras de Lázaro y Clara no son solo un recordatorio de las desgracias que se cebaron por entonces sobre la nación, sino también —y, acaso, sobre todo— una advertencia de las que están por venir. Así pues, el exterminio de los protagonistas augura el ocaso de la utopía liberal que nace en la batalla del puente de Alcolea de septiembre de 1868, un eslabón más en la larga cadena de tentativas fallidas que trazan la historia española del siglo XIX.

LA CONCIENCIA INDIVIDUAL COMO ANTÍDOTO CONTRA LA HISTORIA

En diciembre de 1874, el pronunciamiento del general Arsenio Martínez Campos en Sagunto impone el retorno de los Borbones en la figura del hijo de Isabel II, el futuro Alfonso XII. Los albores de la Restauración coinciden en el tiempo con la escritura de la segunda serie de *Episodios nacionales*, la cual versa sobre el reinado de Fernando VII. Las fuentes principales continúan siendo Vayo y Lafuente, con quienes Galdós concuerda en la defensa del orden y el repudio sin paliativos del absolutismo y el liberalismo radical. Confirmado su pronóstico acerca del malhadado fin del Sexenio Democrático, el relato de la ya de por sí

catorce años más tarde, una vez afianzada la concordia y sumido el país en el marasmo del turno pacífico entre conservadores y liberales.

⁴ Vale la pena remarcar que su desaliento es anterior al magnicidio del militar reusense, por lo que no cabe hablar de una relación de causa-efecto.

deplorable era fernandina se tiñe de tonos oscuros que reflejan el desencanto de nuestro novelista⁵.

Por otro lado, el Galdós de la segunda serie de *Episodios nacionales* exhibe un dominio notablemente mayor de los mecanismos de la novela que repercute en la manera como la trama se integra en el referente. Si bien nuestro autor se atiene en lo fundamental a la información que le proporcionan los historiadores mentados, la caracterización de los personajes gana en profundidad merced a la penetración en las interioridades de su mente. La aplicación del método psicológico a lo largo de la serie, aparte de enriquecerla desde un punto de vista artístico, deshace la correspondencia que la historia de una persona guarda con la historia de la nación en obras anteriores como *La Fontana de Oro*, *El audaz* y la primera serie de *Episodios nacionales*. Se introduce una nueva forma de contar que el narrador de *El terror de 1824* denomina «ficción verosímil» (Galdós: 2012b, 242), cuya finalidad primordial se cifra en iluminar las gestas de aquellas víctimas del absolutismo «nobilísimas y altamente merecedoras de la más cordial compasión» (Galdós: 2012b, 242). Al revés del historiador, que ha de ceñirse a los hechos verdaderos, el novelista tiene la potestad de atribuir rasgos heroicos a personajes inventados siempre y cuando las acciones de estos sean creíbles y expresen una intención recta. La novela puede resultar así «más histórica», e incluso «más patriótica» (Galdós: 2012b, 242), que la crónica de horrores desprovista de ejemplaridad que se basa solo en la «realidad documentada»: si la historia «no sirviera más que de afrenta, ¡cuán inútil sería!» (Galdós: 2012b, 241).

James Whiston⁶ ha interpretado lúcidamente esta reflexión metaliteraria puesta en boca del narrador de *El terror de 1824*. A su juicio, el pasaje anuncia «the dialectic interchange» (1991, 13) entre un pequeño grupo de elegidos y la situación política del país que distingue la segunda serie de *Episodios*. La inserción de aquellos en un medio tan hostil como la España fernandina no supone su subordinación al devenir de los acontecimientos ni la renuncia a sus aspiraciones. Aun en una atmósfera asfixiante, ciertos individuos ejercen con plenitud sus facultades críticas, amén de disponer de libertad de movimientos para adoptar pautas de conducta al margen del poder establecido. La confrontación con el entorno que se opera en la conciencia de estas criaturas provoca su rechazo a la conformidad reinante, lo que les permite

⁵ Al evocar una lectura juvenil de la segunda serie, Antonio Muñoz Molina recuerda haber sentido «una pesadumbre moral y política que yo asociaba a las tenebrosidades de Goya, a la negrura de tinta de *Los desastres de la guerra* y de las pinturas negras, donde está la crónica macabra de la España de Fernando VII» (2011).

⁶ Sirva el presente artículo de homenaje al profesor Whiston, cuyo fallecimiento el 14 de enero de 2017 deja un vacío en el campo de los estudios galdosianos que será difícil de llenar.

elevarse en última instancia por encima de «the times that are being lived through» (Whiston: 1991, 13).

Como su título indica, cada uno de los tres episodios que se ocupa del Trienio en la segunda serie se centra en un suceso destacado de aquel período: los tejemanejes de las sociedades secretas, en especial la masonería, en *El Grande Oriente*; la rebelión de la Guardia Real y su estrepitosa derrota a manos de la Milicia Nacional en *7 de julio*; y la invasión de las tropas de la Santa Alianza lideradas por el duque de Angulema en *Los Cien Mil Hijos de San Luis*. Cada episodio ofrece igualmente un ejemplo de ficción verosímil vertebrado en torno a un protagonista que sobresale respectivamente entre sus colegas masones, milicianos y absolutistas por su determinación de ver, pensar y actuar por su cuenta. Dichos personajes no comparten estatus social ni tampoco ideología, pero sí la capacidad de rebasar los límites de su condición (familiar, laboral, intelectual, sexual) por fidelidad a una manera de ser a la que no pueden renunciar. Salvador Monsalud denuncia sin tapujos la hipocresía de sus compinches, optando por ayudar a un proscrito condenado a muerte; Benigno Cordero es un pacífico comerciante que decide empuñar las armas al objeto de salvaguardar el orden constitucional; por último, Genara Baraona regresa con su antiguo amante y empieza a cuestionar la legitimidad del absolutismo al darse cuenta de la incompetencia de sus dirigentes.

El Grande Oriente: Salvador Monsalud

Dada la trascendencia que les concede la historiografía decimonónica, Galdós no puede menos que dedicar un episodio al resurgimiento de las sociedades secretas en 1820. El título de *El Grande Oriente* hace referencia a la logia masónica del mismo nombre en la que figuraban algunos de los prohombres del Trienio. Nuestro autor transmite, en consonancia con sus fuentes, una imagen muy poco halagüeña de la organización durante los meses de febrero a marzo de 1821 en que transcurre la acción de la novela. Con motivo de la visita de Monsalud a la sede del Grande Oriente sita en la calle de las Tres Cruces, el narrador se burla de los ritos de iniciación por los que han de pasar los neófitos, tildándolos de poco serios: «juego de chiquillos» (Galdós: 2011a, 629), «pesadeces» (Galdós: 2011a, 630), «comedias» (Galdós: 2011a, 630). Califica luego las logias que se han implantado en España de «corrupción de la masonería extranjera», ya que al aclimatarse esta a nuestro país «había de parecerse necesariamente a los españoles» (Galdós: 2011a, 631). Carga asimismo contra la obsesión de «tanto pobre aprendiz holgazán» (Galdós: 2011a, 632) por los destinos, que

miran como «una especie de religión» (Galdós: 2011a, 631). Por último, censura la injerencia en los asuntos de estado por parte de este «centro colosal de intrigas» (Galdós: 2011a, 631) que acosa sin descanso al gobierno. La masonería ha perdido la «pureza» de los tiempos de la persecución absolutista y en su seno quedan solo «ambición y codicia» (Galdós: 2011a, 632). Nada puede sacarse en claro tampoco del batiburrillo de símbolos, donde «la más segura y sólida cabeza» se pierde en un «enredado berenjenal de alegorías» (Galdós: 2011a, 651).

Las invectivas del narrador se materializan en la persona de Bartolomé Canencia, un viejo camarada de Monsalud que se ha aupado al cargo de «hermano secretario y orador de la sociedad» (Galdós: 2011a, 634). Mientras departen en la cámara de meditaciones, Salvador se da cuenta de que las protestas de humildad de Canencia ocultan a un «hipócrita» (Galdós: 2011a, 634) que solo está allí para aumentar su peculio. Lo mismo hay que decir de José Campos, «director general de Correos» (Galdós: 2011a, 641) y Venerable de la orden. Pese a no tener más datos de él, el narrador lo considera «uno de los hombres más importantes» de la época por cuanto organizó eficazmente la logia madrileña «en aquel pie de ejército poderoso» (Galdós: 2011a, 641)⁷. Sin embargo, y al igual que Canencia, el arribismo predomina en él sobre las motivaciones altruistas: «Más hábil vividor no lo conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos» (Galdós: 2011a, 641). Canencia y Campos vienen a personalizar, en suma, las pícaras inclinaciones de los masones del Trienio que señalaron Vayo y Lafuente: prosperar a expensas de la patria sin preocuparse por el futuro de esta.

Las opiniones del narrador las suscribe por entero un Monsalud que reprueba los métodos fraudulentos que emplea la masonería. La dureza de sus declaraciones no deja espacio a la ambigüedad: «un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupción e infames compadrazgos, una hermandad de pedigüeños» (Galdós: 2011a, 599). No está de acuerdo con que la masonería se haya desviado de sus fines filantrópicos hasta el extremo de descuidar el amparo de «los menesterosos» (Galdós: 2011a, 643). Lamenta igualmente que se haya erigido en una «agencia misteriosa de ambiciones locas», en lugar de funcionar como una «asociación de caridad y protección mutua» (Galdós: 2011a, 643). Por si ello no bastara, los masones quieren ganarse al «vil populacho» consintiéndole todo tipo de abusos e instándole a «hacerse justicia por sí mismo» (Galdós: 2011a, 645). Es peligroso, añade Salvador, adular las bajas pasiones de «la canalla» a causa de las veleidades de esta: hoy

⁷ El sujeto debió de fascinar a Galdós, que lo menciona en carta a Ramón de Mesonero Romanos fechada el 7 de junio de 1876: «Varias obras escritas por masones aseguran que era *Gran Maestro* del orden masónico en 1821 y 22 D. José Campos, director general de Correos. De este hombre oscuro nada dice la Historia» (Varela Hervías: 1943, 22).

rompe las cadenas, mañana se sujeta a ellas, servil siempre a «la mano que arroje el pedazo de pan» (Galdós: 2011a, 646). Habiendo renunciado la orden a sus fines altruistas, Monsalud prefiere ir por libre que transigir con adulteraciones. Sus palabras de despedida proclaman inequívocamente la esterilidad y decadencia de un organismo «inútil, enfermo, podrido» (Galdós: 2011a, 647) del que se aparta. Su demoledora crítica concluye con una cita de Voltaire: la masonería «no ha hecho nunca nada, ni lo hará» (Galdós: 2011a, 653).

Como le traen sin cuidado los «juicios malignos» (Galdós: 2011a, 659) que hagan de él sus enemigos, Monsalud comunica a José Regato⁸ su decisión de ingresar en la sociedad de los Hijos de Padilla que acaba de fundarse: «yo quiero ser comunero» (Galdós: 2011a, 662). No lo hace por convencimiento, puesto que cuando Solita le pregunta si sus nuevos cofrades son «tan tontos y tan crueles» (Galdós: 2011a, 666) como los masones, le responde: «Allá se le van» (Galdós: 2011a, 667). No obstante menospreciarla, pretende aprovecharse de la influencia cada vez mayor de la comunería con un objetivo concreto: arrancar de las garras de la policía a Urbano Gil de la Cuadra, detenido y acusado de formar parte de un complot contra el gobierno diseñado por el cura Matías Vinuesa⁹. El mismo Monsalud expone la necesidad de recabar apoyos dentro de la sociedad, sin que las reticencias oculten sus pretensiones: «me voy a hacer amigo de los comuneros, a ver si por este medio...» (Galdós: 2011a, 666).

El interés que se toma Salvador por la suerte de don Urbano se explica por la compasión que siente hacia un paria acosado con saña por los liberales exaltados y a quien los absolutistas han dejado en la estacada. Monsalud está además en deuda con Gil de la Cuadra porque este lo libró de perecer a manos de los guerrilleros en la batalla de Vitoria de 1813¹⁰. Si a ello le añadimos que Salvador tuvo un *affaire* con la fallecida esposa de don Urbano en Francia, la gratitud se mezcla con los remordimientos por haber pagado tan mal a quien un día se mostró generoso con él sin conocerlo.

El éxito de Monsalud va a depender de la habilidad con que lleve a cabo su plan. Tras desenmascarar a Regato y ponerlo fuera de juego con una ingeniosa treta, entra en el calabozo

⁸ Personaje histórico, espía doble enrolado en las filas de los comuneros que trabaja en realidad a las órdenes de Fernando VII.

⁹ El 29 de enero de 1821 la policía detiene a un capellán del rey, Matías Vinuesa, acusado de estar preparando una conspiración contra el constitucionalismo. Aunque no se conocen los nombres de los que iban a participar en el golpe de estado, parece probable que el rey Fernando tuviera conocimiento de los planes y aprobara su ejecución. Los jueces dan su veredicto el 4 de mayo, dictando para el encausado una pena de presidio de diez años. El malestar que produce una sentencia considerada benévola desencadena una catástrofe aquella misma tarde: una multitud enfurecida se congrega delante de la prisión, irrumpe en ella y asesina brutalmente a Vinuesa sin que los guardas hagan nada para impedir el asalto. El caso Vinuesa hace todavía más precaria la situación del régimen, «tanto porque el gobierno no fue capaz de garantizar la seguridad de un reo sometido a procedimiento judicial, como por la crueldad del hecho» (La Parra: 2007, 90).

¹⁰ Según se narra en el episodio inaugural de la serie, *El equipaje del rey José*.

de don Urbano y lo libera. No todo ha salido bien, ya que Regato ha enterado a Gil de la Cuadra del adulterio de su cónyuge dándole a leer la correspondencia entre esta y Salvador. Presa de los celos, don Urbano se niega a reconocer el auxilio que le ha prestado su bienhechor y le pide que lo deje en paz: «Tú no puedes haber hecho una buena acción. Déjame, déjame. No quiero verte más» (Galdós: 2011a, 795). Monsalud no se arredra y deposita sano y salvo a su protegido en un coche que parte al instante con Solita a bordo.

Consciente de que sacar de la cárcel a Gil de la Cuadra constituye «un deber» más que «un sacrificio» (Galdós: 2011a, 614), Monsalud no persigue ningún beneficio económico —al contrario de Canencia y Campos—, ni ocasiona daño alguno al prójimo —al contrario de las acciones que instiga Regato—. Tampoco se le puede calificar de oportunista que cambia de partido de la noche a la mañana, como su paisano Juan de Pipaón¹¹. Lo mueve más bien el deseo de reparar un atropello e impedir que Solita se quede huérfana. Paralelamente, el auxilio que presta a un necesitado lo ayuda en parte a «tranquilizar la conciencia» (Galdós: 2011a, 749), en lo que podríamos denominar un ejercicio de pragmatismo impregnado de sentido ético. Su proceder se ajusta, en fin, a unos preceptos que él mismo se ha forjado, prestando oídos sordos a los usos y costumbres de una época en la que los masones buscan el medro fácil y nadie se preocupa del bienestar de los demás.

El desenlace de la novela remarca la condición de héroe a la vez redentor —su nombre de pila es Salvador— y desgraciado de Monsalud, cuyo crecimiento emocional marcha a contracorriente de una sociedad donde triunfan la malicia y la mendacidad. Los principios morales que entorpecen hasta el momento la felicidad que tanto anhela afirman paradójicamente su superioridad, al contraponerse su noble temperamento con la egoísta pasividad de sus conciudadanos. Es cierto que no podrá impedir que el «torbellino» que empezó a girar con la «sedición militar» de Riego en 1820 dé vueltas sin parar hasta que lo detenga la fuerza de «una intervención extranjera» (Galdós: 2011a, 716) en 1823¹². Con todo, los sentimientos de humanidad que se alojan en las galerías de su alma lo impulsan a rescatar unos valores tan ausentes como necesarios en la España del Trienio: la asunción de la culpa a través del arrepentimiento y el socorro a los desvalidos de la justicia.

¹¹ Salvador no se priva de decirle a este que tiene una «conciencia negra» (Galdós: 2011a, 644).

¹² Él mismo predice el ocaso del sistema constitucional por culpa de la ineptitud de quienes lo han implantado: «La estupidez de los liberales, su corrupción y falta de sentido, anuncian a voces que volverá el absolutismo» (Galdós: 2011a, 709).

7 de julio: Benigno Cordero

El episodio *7 de julio* describe el desbarajuste que se vive en la primavera de 1822 como consecuencia de la agudización de las divergencias entre moderados, exaltados y absolutistas. Las potencias europeas están a punto de reunirse en el Congreso de Verona para encontrar una solución al desgobierno de una España que tampoco puede hacer frente a la rebelión de sus colonias en América. Viendo una coyuntura tan favorable a sus intereses, Fernando VII cree llegada la hora de orquestar un golpe de estado en toda regla que le reponga la autoridad perdida. Su táctica consiste en exacerbar los ánimos de la Guardia Real, a sabiendas de que sus integrantes se declaran abiertamente «partidarios del *rey neto*» (Galdós: 2011b, 856). Ha ido creciendo asimismo la rivalidad entre la Guardia Real y la Milicia Nacional, compuesta esta última de voluntarios que apoyan al gobierno y se muestran muy críticos con la tibieza constitucionalista del monarca. Las fricciones entre ambos cuerpos en las calles de Madrid anuncian el inminente estallido de un «aguacero» (Galdós: 2011b, 891).

La insurrección da comienzo el 1 de julio por la noche, cuando los guardias de Su Majestad se encierran en sus cuarteles tras asesinar a unos cuantos milicianos, entre ellos al oficial Mamerto Landáburu: «El absolutismo había lanzado su reto a la Constitución» (Galdós: 2011b, 893). Dejando dos batallones de guardias en la plaza de Oriente, los cuatro restantes salen de Madrid con la intención de reagruparse, hacerse con el control de la capital y restablecer el régimen de 1814. Mientras tanto, los defensores se organizan al mando del general Morillo, el mismo que diezmó a los manifestantes en la batalla de las Platerías.

El choque entre ambos contingentes en la madrugada del 7 de julio se refiere por extenso en los capítulos XVIII-XXI del episodio. Se narran allí los enfrentamientos en las tres aberturas que dan a la Plaza Mayor, donde se ha colocado la Milicia: el arco de Boteros, la calle de la Amargura y el callejón del Infierno. A la hora de novelar cómo los milicianos derrotan sorprendentemente a los guardias, Galdós recurre a una serie de estrategias que acentúan la literariedad del texto. La primera que cabe destacar es la alternancia en la focalización: por un lado, las impresiones de Solita en el capítulo XVIII; por otro, la percepción del narrador extradiegético en los capítulos XIX-XXI. El contraste entre ambos tipos de focalización hace hincapié en dos maneras de contemplar la historia: la de una desconcertada joven que presencia en directo unos acontecimientos que no entiende; y la de un agente externo que desmenuza con exactitud lo acaecido en varios sitios.

Pese a la omnisciencia de que hace gala, las simpatías del narrador están del lado de la Milicia, elogiando las «creencias políticas» de sus miembros por ver en ellas «pureza,

honradez y profundas raíces en el corazón» (Galdós: 2011b, 924). Su parcialidad se hace aún más patente al concentrar su atención en el comandante de cazadores Benigno Cordero. No le atrae de él su físico —salvo la «bonachona» fisonomía (Galdós: 2011b, 869)—, carente de los atributos que esperamos encontrar en un oficial de mando: lozanía, envergadura, aire marcial. Los rasgos de carácter, en cambio, realzan sobremanera su atractivo. Don Benigno es un «honrado comerciante» (Galdós: 2011b, 869) de paños que vive de su trabajo sin meterse en trifulcas. Esta probidad en el desempeño de su profesión se sustenta implícitamente en el programa del liberalismo moderado. Estamos ante un «hombre de mucha medida y prudencia» (Galdós: 2011b, 901) que, como tal, aborrece «los excesos de la gente exaltada» (Galdós: 2011b, 902). Leal al espíritu democrático de la Constitución de 1812, le gustaría vivir en una España donde hubiera paz, orden y libertad; donde se respetaran los derechos del individuo y el mérito eclipsara los privilegios de clase. Cordero abraza, en definitiva, la utopía que Lázaro no supo encarnar en *La Fontana de Oro*; la misma que Galdós expuso en sus artículos de *Revista de España* (1871-1872) y que trasladó luego a la primera serie de *Episodios nacionales* (1873-1875); la misma que, de haberse hecho realidad, habría evitado tanto la invasión de la Santa Alianza en 1823 como el pronunciamiento de Martínez Campos en 1874.

El narrador completa la etopeya de Cordero presentándolo como un ciudadano y un patriota modélicos: «esclavo de su dignidad», «ferviente devoto del deber», dotado de un sentido tan arraigado de la responsabilidad que sacrificaría su boyante posición a fin de que triunfaran «las grandes ideas» (Galdós: 2011b, 926). A este respecto, la jornada del 7 de julio de 1822 va a poner a prueba la solidez de sus convicciones al confrontarlo con una situación límite. La acometida de los guardias en el arco de Boteros, a punto de dar al traste con la resistencia de los milicianos, requiere una osadía rayana en la temeridad que resuelva un trance tan apurado. El brigadier Palarea muestra su inquietud con rugidos de alarma que no surten ningún efecto. El propio don Benigno tiene unos segundos de vacilación mientras absorbe, arrobado, la deleitosa «visión» (Galdós: 2011b, 927) que se ha instalado en su mente: la ordenada y bien provista tienda, el gato que «se relame sobre el mostrador» (Galdós: 2011b, 927), la cara esposa y, ¡tentación de las tentaciones!, los tres hijos. Al imaginar a estos «tan lindos, graciosos y sabedores», le dan ganas de arrojar el sable, marcharse a su casa y «comérselos a besos» (Galdós: 2011b, 927). El dulce recuerdo de la morada y de sus moradores amenaza, pues, con desmentir los elogios que el narrador ha hecho de las virtudes cívicas de Cordero. Al final, sin embargo, vemos que este ha salido vencedor en la batalla que ha librado consigo mismo cuando apremia a sus hombres a lanzarse

contra el enemigo al grito de «¡Viva la Constitución!»: «¡Cazadores de la milicia... a cargar!» (Galdós: 2011b, 926). El militar acaba prevaleciendo sobre el padre de familia porque el compromiso que el primero ha adquirido con la nación es más firme que los hechiceros cantos de sirena provenientes del hogar que trastornan fugazmente al segundo: «borró de su mente con un esfuerzo la pérfida imagen doméstica y no pensó más que en su puesto» (Galdós: 2011b, 927).

Desvanecidas sus dudas, Cordero experimenta otra súbita transformación que decide la suerte de la lid. El acatamiento de las leyes de la conciencia multiplica el vigor de un oficial de aspecto débil que no solo pelea como el más valiente, sino que insufla un valor inusitado a sus compañeros que los lleva a la victoria. El «cordero» se ha vuelto «león» (Galdós: 2011b, 927); el «pacífico comerciante de encajes», un «Leónidas de Esparta» (Galdós: 2011b, 927). El «entusiasmo» lo ha convertido, en suma, en un «héroe» (Galdós: 2011b, 928)¹³.

Ni que decir tiene que la modestia de nuestro miliciano —cualidad inherente al auténtico patriotismo— le impide alardear de una hazaña que parientes y amigos han de rememorar con admiración en medio de las turbulencias que se avecinan. Los absolutistas se van a acordar igualmente de ella en el episodio siguiente, *El terror de 1824*, aunque en su caso con un propósito bien distinto: la venganza. Más adelante, tras la muerte de Fernando VII en 1833, la epopeya que protagonizó Cordero en 1822 queda relegada al silencio. Los liberales que toman las riendas de la nación no se molestan en rendir tributo a uno de sus ilustres antecesores: «Boteros, las Termópilas de este hombre pequeño, no lleva su nombre» (Galdós: 2011b, 928). Tampoco los cronistas han registrado el apellido de don Benigno en los anales del Trienio, tal vez porque lo desconozcan, tal vez porque no les parezca relevante. Ante la negligencia de políticos e historiadores, la recuperación de la figura de Cordero solo es posible en el ámbito de la ficción verosímil, la forma —vale la pena insistir en ello— que el narrador de *El terror de 1824* conceptúa de más histórica y patriótica que la historia misma. Que a mediados de la década de 1870 Galdós divulgue la proeza de don Benigno a sus compatriotas cabe interpretarse, por tanto, como la demostración de que en el Trienio hubo unos pocos españoles que supieron estar a la altura de las circunstancias. Gracias a la iniciativa del escritor canario, sucesivas generaciones de lectores hemos podido rendir homenaje al honorable comerciante de paños que puso en peligro vida y hacienda en aras de las libertades patrias.

¹³ Nada que ver con el patriotismo de Patricio Sarmiento, contrafigura evidente de don Benigno: «el fanatismo hacía de Sarmiento un soldadote estúpido» (Galdós: 2011b, 928).

Los Cien Mil Hijos de San Luis: Genara Baraona

El éxito de los milicianos el 7 de julio no supone el fin de las conspiraciones, solo la dilación de un proceso irreversible. Otra intentona de derrocar al gobierno tiene lugar en agosto de aquel año con la implantación en Urgel de una Regencia que Fernando VII aplasta después de haberla apoyado inicialmente. Al constatar la incapacidad de los realistas españoles, la Santa Alianza toma cartas en el asunto con el envío de un ejército que invade la Península Ibérica en abril de 1823. Las fases de esta campaña se cuentan en el episodio *Los Cien Mil Hijos de San Luis* en forma de memorias de un testigo presencial, Genara Baraona, que las redacta en 1848 a modo de «escrupuloso retrato» de su «conciencia» (Galdós: 2012a, 15). La confesión de Genara, que no se ha publicado en vida de la autora por expreso deseo de ella, llega incompleta al narrador extradiegético. Este, atendiendo al aliciente de un original «dos veces interesante» por ser «hechura de una señora» (Galdós: 2012a, 3), da a la imprenta los dos fragmentos que se conservan: «De Madrid a Urgel» (Galdós: 2012a, 5-27) y «De París a Cádiz» (Galdós: 2012a, 51-194). En calidad de editor, se ve además en la obligación de intercalar unos paralipómenos compuestos por él mismo (Galdós: 2012a, 28-50) que completen «el gran vacío que entre ambas piezas del manuscrito femenino resulta» (Galdós: 2012a, 3)¹⁴.

Desde su entrevista con el vizconde de Chateaubriand en París el 1 de marzo de 1823 (Galdós: 2012a, 54), Genara va detallando el desarrollo de una contienda que se liquida en medio año: la huida del gobierno a Andalucía el 20 de marzo, con llegada a Sevilla el 11 de abril (Galdós: 2012a, 70); la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis por Behovia «hacia los primeros días de abril» (Galdós: 2012a, 66); el poco entusiasmo de las tropas gubernamentales (Galdós: 2012a, 79); la pronta retirada del general Ballesteros, a la que se une la defección del conde de La Bisbal (Galdós: 2012a, 99); la violenta exaltación del pueblo contra los liberales tras la toma de Madrid por los franceses el 23 de mayo (Galdós: 2012a, 105); el traslado de la corte de Sevilla a Cádiz, en un vano intento de recabar la ayuda de Inglaterra (Galdós: 2012a, 158); el asalto a Cádiz (Galdós: 2012a, 173) que culmina con la captura del fuerte del Trocadero el 31 de agosto (2012: 176); la capitulación a finales de

¹⁴ La estructura es idéntica a la de *Pepita Jiménez* (1874), lo cual remite a la influencia de la obra maestra de Valera que, como veremos, se extiende a la presentación de la protagonista. Por otro lado, la alternancia de narradores y puntos de vista, junto con el recurso del manuscrito encontrado, tienen una marcada raigambre cervantina.

septiembre (Galdós: 2012a, 185); por último, la liberación de Fernando VII el 1 de octubre (Galdós: 2012a, 187), paso previo a la segunda instauración del absolutismo.

La caracterización de Genara en este episodio alcanza tal grado de excelencia que su papel de cronista de la historia política de España en 1823 queda en segundo plano. No se trata solo de que las técnicas realistas resalten la complejidad de su persona, sino sobre todo de que Galdós haya acertado de pleno a la hora de retratar a un personaje femenino. Nuestro autor ha superado, en efecto, los clichés folletinescos que limitaban el alcance de criaturas como Clara o Inés —la insípida pareja de Gabriel Araceli en la primera serie de *Episodios*— creando a una heroína que, más allá de su belleza, antepone el libre albedrío a las convenciones del patriarcado sin abandonar su instinto de supervivencia. En este sentido, Rubén Benítez arguye que la publicación de *Pepita Jiménez* en 1874 señala al escritor canario el rumbo a seguir: la atribución a la mujer de «una inteligencia superior» que, ligada a la práctica de una sexualidad libre, la hace más «íntegra y valiosa» (1985, 327) que los hombres que la circundan. El descubrimiento de las posibilidades artísticas de Genara —y, en menor medida, de Solita— contribuye decisivamente al «enrichissement soudain» (Beyrie: 1980, 222) de un universo literario dominado hasta entonces por la autoridad del varón.

La reanudación de las relaciones con Salvador pone de relieve la enrevesada psicología de Genara. Al tiempo que se arrepiente de haber atentado contra «la ley de Dios» (Galdós: 2012a, 15) por haber abandonado a su marido Carlos Garrote, el trayecto a Urgel que emprenden juntos ella y Salvador la colma de felicidad: «no he visto pasar días como aquellos» (Galdós: 2012a, 17). La efímera aventura por los caminos de España termina de súbito cuando los guerrilleros apresan a Monsalud en Benabarre. Los denodados, aunque estériles, esfuerzos de Genara por procurar la excarcelación de su enamorado iluminan hasta qué punto la pulsión sexual hace brotar en ella la generosidad más acendrada. Tal desprendimiento contrasta con la vileza que comete con Solita, a quien engaña respecto del paradero de Salvador para desembarazarse de una contrincante a la que teme¹⁵. Genara no vacila después en incurrir en mil argucias con un oficial francés a fin de que su pasión por Salvador sea al fin correspondida, lo que por desgracia suya no ocurre. El cúmulo inverosímil de infortunios que hace inviable el reencuentro con su amante en Sevilla y Cádiz presupone la existencia de una justicia divina que castiga los excesos de Baraona con la separación definitiva del ser querido.

¹⁵ Como los celos alimentan su obsesión, la magnitud de la falta no hace mella en Genara hasta el momento de escribir sus memorias: «me he podido mirar tal cual era en aquel día, y declaro aquí que, según me veo, no hay fealdad de demonio del infierno que a la mía se parezca» (Galdós: 2012a, 95).

La impetuosidad de Genara en el terreno del amor es perfectamente compatible con su labor de espía al servicio del absolutismo. Dicha ocupación le da la oportunidad de ejercitar sus facultades de mando, moviéndose con total desparpajo por diversas zonas de la geografía española y francesa. El trato con estadistas y militares va refinando su conocimiento de la naturaleza humana, lo que acelera el aprendizaje de una mujer que no tarda mucho en comprender el funcionamiento de la política dirigida por los hombres. Al percatarse de la vanidad y la venalidad de quienes atentan contra el gobierno, así como de las torpezas que cometen a diario los liberales, se convierte en «una conciencia crítica» (Benítez: 1985, 322) que va desenmascarando los vicios de su época.

El proceso de maduración de Genara comporta un paulatino rechazo del absolutismo que se inicia cuando contempla *in situ* el desaguisado de la Regencia de Urgel. Para que hubiera triunfado esta, debería haberse constituido «con gente de raza» y no «de clase humildísima» como el marqués de Miraflores, el barón de Eroles y el arzobispo Jaime Creus, «sacados de su oscuridad por los tiempos revolucionarios» (Galdós: 2012a, 24). La segunda decepción se produce durante su visita a París a finales de febrero de 1823, donde tiene ocasión de asistir a los preparativos para la ocupación de España. El discurso de Luis XVIII a favor de la guerra le provoca cierta desazón, no escapándosele el chauvinismo ni la prepotencia que emanan de las palabras del monarca. Al día siguiente se reúne con el vizconde de Chateaubriand, partidario de que Fernando VII, una vez vencido el liberalismo, implante un absolutismo templado que aleje de Francia el fantasma de la revolución que anuncian las sociedades secretas y los carbonarios.

Genara se marcha de la capital gala con la convicción de que a los vecinos del norte solo les importa su bienestar. Si a ello se añade el desconocimiento que los franceses tienen de lo español por culpa del exotismo romántico que se ha impuesto por doquier, la desilusión de Genara está justificada: «Mi viaje a París modificó mucho mis ideas absolutistas» (Galdós: 2012a, 61). Para mayor escarnio, los soldados del ejército intruso que cruzan la frontera confraternizan enseguida con los guerrilleros patrios, a quienes ella considera, marido incluido, unos brutos. No se le escapa tampoco la ironía de que unos y otros sean tan amigos cuando, quince años antes, la entrada del ejército napoleónico dio origen precisamente a las partidas: «Era todo lo que me quedaba por ver» (Galdós: 2012a, 67).

Permeable a las enseñanzas que le proporciona la historia, Genara confiesa que su despotismo «se ha civilizado», mientras que el de Tadeo Calomarde y demás secuaces de la reacción se mantiene «en estado salvaje» (Galdós: 2012a, 70). Pierde definitivamente el «entusiasmo realista» (Galdós: 2012a, 106) al enterarse de que los facciosos que claman por

la restauración de las prerrogativas de Fernando VII han cometido todo tipo de desafueros en Andalucía: «el absolutismo popular me inspiró aborrecimiento y repugnancia indecibles» (Galdós: 2012a, 106). Con amarga lucidez, advierte cómo la libertad que nació en Cádiz en 1812 perece de consunción en la misma ciudad once años después. El brío de unos pocos como Salvador no sirve de nada ante el hostigamiento de una mayoría que reclama ciegamente la vuelta a la tiranía. La soberanía vuelve a pasar de las Cortes a Fernando, por lo que cabe esperar un recrudecimiento de la represión a cargo de quienes se enorgullecen de que España retroceda a los tiempos del Antiguo Régimen. La denuncia de tan lamentable viraje la expresa de nuevo Genara a través de la ironía: «El glorioso imperio de las *caenas* había empezado. Ya se podía decir con toda el alma: ¡Viva el rey absoluto! ¡Muera la nación!» (Galdós: 2012a, 189). Se completa de este modo la formación de un personaje cuya belleza es el complemento perfecto de una mente brillante que oscila entre el delirio amoroso, el discernimiento y el maquiavelismo¹⁶.

CONCLUSIÓN

El trágico desenlace de Lázaro y Clara en las primeras ediciones de *La Fontana de Oro* compendia la visión que Galdós tiene del Trienio Liberal. Para él, igual que para Bayo y Lafuente, el experimento fracasa porque los doceañistas no pueden controlar los excesos de liberales exaltados y absolutistas que se disputan el control de las sociedades patrióticas. La imposibilidad de consolidar un gobierno constitucional durante 1820-1823 guarda más de una semejanza con el colapso del Sexenio Democrático que el novelista canario ya predice en 1870. En uno y otro caso, las posturas extremas ahogan los intentos de lograr la tan anhelada, y tantas veces postergada, conciliación nacional.

La segunda serie de *Episodios nacionales* que Galdós comienza a componer en los primeros meses de la Restauración se caracteriza por la exacerbación de los tonos sombríos que apagan súbitamente la luminosidad de la primera serie. En cuanto a la recreación del Trienio, la panorámica que se ofrece de aquel período incluye la masonería (*El Grande Oriente*), la jornada del 7 de julio de 1822 (*7 de julio*) y la invasión de la Santa Alianza en 1823 (*Los Cien Mil Hijos de San Luis*). El novelista canario se atiene a la realidad documentada que exige la poética del género, pero tiene licencia para tejer una ficción

¹⁶ Su periplo vital continúa en los episodios *El terror de 1824*, *Los apostólicos* y *Un faccioso más y unos frailes menos*. Antes de *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, Genara aparece en *El equipaje del rey José*, *La segunda casaca* y *7 de julio*. En total, siete de los diez episodios.

verosímil alrededor de un individuo que prefiere obedecer los dictados de su conciencia que las normas habituales de conducta. Las peripecias de Monsalud, Cordero y Baraona compensan así en el plano individual el cúmulo de adversidades que se abaten sobre la historia española de aquellos años. Si el desvalido Lázaro fallece víctima de las tropelías del absolutismo, las indómitas acciones de Salvador, Benigno y Genara son una bocanada de aire fresco en la irrespirable atmósfera del Trienio.

BIBLIOGRAFÍA

ALCALÁ GALIANO, A., *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la reina doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunhan*, vol. VII, Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Topográfica, 1846.

BENÍTEZ, R., “Jenara de Barahona, narradora galdosiana”, *Hispanic Review*, núm. 53: 3, 1985, pp. 307-327.

BEYRIE, J., *Galdós et son Mythe*, vol. II, París, Honoré Champion, 1980.

DORCA, T., “El Trienio Liberal en La Fontana de Oro”, *La historia en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Ube, 2017, pp. 217-230.

GILMAN, S., “La Fontana de Oro: Historical Fable or Historical Prophecy?”, *Les cultures iberiques en devenir: essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon*, ed. Duby, Amiel, Lafaye y Guillén, París, Fondation Singer-Polignac, 1975, pp. 135-139.

LA PARRA, E., *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.

MUÑOZ MOLINA, A., “El país de Galdós”,
http://elpais.com/diario/2011/09/10/babelia/1315613536_850215.html

PÉREZ GALDÓS, B., *La Fontana de Oro*, Madrid, Alianza, 2010.

— *El Grande Oriente*, ed. Penas, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2011a.

— *7 de julio*, ed. Penas, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2011b.

— *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, ed. Penas, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2012a.

— *El terror de 1824*, ed. Penas, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2012b.

WHISTON, J., “‘Ficción verosímil’ and ‘realidad documentada’ in the Second Series of Galdós’ Episodios Nacionales”, *Galdós’ House of Fiction. Papers Given at the Birmingham Galdós Colloquium*, ed. Clarke y Rogers, Langranmog, The Dolphin Book, 1991, pp. 1-13.

VARELA HERVÍAS, E., *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1943.